

UNA MISMA EXPECTATIVA I

Parte 33

“...un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo” - (Efesios 4:4-5)

En esta lección quiero hablar de “una fe” y “una misma esperanza”, mejor traducido “una expectativa”, pero voy a invertir el orden en que aparecen. Voy a decir unas pocas cosas acerca de “una fe” antes de entrar en “una expectativa”.

En la lección anterior hablamos un poquito de la realidad de la verdadera unidad en Cristo. Vimos que nosotros no podemos crear la unidad, que lo que nos corresponde hacer es tratar de preservarla debido a que Dios la ha completado a través de la resurrección de Cristo de entre los muertos. En la resurrección, el vientre muerto de la tierra dio a luz un nuevo Hombre: Cristo; cuya cabeza es Él, y el cuerpo muchos que han sido hechos un espíritu con Él por fe. Todos los que hemos sido crucificados juntamente con Él salimos en Su resurrección por fe. En otras palabras, vivimos por y en Su fe; vivimos por Su Espíritu.

Por esta razón, Pablo comprende y proclama que nosotros no somos muchos, sino uno. No somos muchos tratando de ser como uno, somos el cuerpo corporativo de Uno. Somos Su cuerpo, la plenitud de Aquel que lo llena todo en todos; en todos los que han nacido de ese Espíritu.

Así que, en este Cuerpo, sin importar nuestros oscurecidos pensamientos de contradicción, hay realmente sólo una Vida, un Espíritu, una Mente, un Juicio, etc. Nuestra ignorancia junto con nuestro rechazo a conocer esta nueva vida, nos hace traer nuestra nadedad y ceguera a la obra consumada de Cristo; este puede ser, y ciertamente es, a menudo el caso. Y, aunque eso puede impedir que el cuerpo de Cristo funcione como una expresión de Aquel que es la Vida, y nos impida a nosotros actuar y relacionarnos como uno, no nos hace menos de lo que somos. Somos uno en Espíritu, o no hemos nacido de nuevo, porque Dios sólo tiene un Espíritu que darnos.

Dijimos en la lección anterior, que cuando traemos a Él nuestra mente, nuestras ideas, nuestro juicio, nuestra doctrina, incluso, nuestras ideas acerca de unidad, experimentamos división en la carne. Nosotros dividimos en la carne lo que es uno en el espíritu, pero Cristo nunca es dividido. Por otro lado, el Espíritu de Verdad, la revelación

de Cristo, la renovación de la mente, nos llevará a todos a un lugar en nuestro corazón donde veremos lo mismo. ¿Cómo? ¿Al creer todos la misma enseñanza? NO ¿Al leer todos el mismo libro? NO ¿Al tener el mismo pastor? NO. ¿Al tener la misma experiencia con los dones espirituales? NO. ¿Al decidir todos llevarnos bien? ¡No es probable! El Espíritu de Verdad nos lleva a ver lo mismo, porque sólo hay una cosa que Él ve y una sola que Él muestra.

Esto es llamado la unidad de la fe; en el versículo 5 es llamado “una fe”. No significa que haya un credo, un conjunto de artículos de fe aceptados por la generalidad, o algo así. Significa que sólo hay una cosa que Dios ve, con la que tiene relación y que se la muestra al corazón que se vuelve. Sólo tiene una perspectiva, un Hijo que conoce, una visión que está delante de Sus ojos. La única fe es el conocimiento que tiene Dios, lo que Él ve y a lo que nos está llevando. El crecimiento como cristiano es directamente proporcional a la medida de la perspectiva de Dios, llamada fe, que obra en nuestra alma.

Él no tiene opiniones; las opiniones no son parte de la fe. Por definición, una opinión no es fe. La fe es sustancia; es la sustancia de lo que no se ve, es donde nuestra alma participa de la perspectiva de Dios, y por eso, no somos llevados de aquí para allá por cualquier viento de doctrina. No somos llevados por falsas doctrinas o por verdaderas doctrinas, al contrario, estamos anclados detrás del velo a la realidad de lo que Dios conoce.

La fe es una experiencia de lo que para Dios es un hecho, es una luz que nos muestra al único Hijo, y cuantas más almas sean enseñadas por el único Espíritu que está en ellas, más llegarán a lo que Pablo llama la “unidad de la fe”, la unidad del conocimiento del Hijo de Dios. Hemos llegado a una fe, no a una religión ni a una convicción. Hemos llegado a la única dádiva de Dios, a la única transformación del alma, a la única comprensión espiritual del Hijo de Dios. Los que hemos sido bautizados en el único Espíritu, seremos guiados por dicho Espíritu a la perspectiva de Dios de la salvación.

Esta fe que obra en nosotros produce expectativa. No es una pregunta, es un hecho. Si hay fe habrá esperanza o expectativa. El 99 por ciento de las veces que aparece la palabra “esperanza” en el Nuevo Testamento, debió traducirse “expectativa”. No se está hablando de un deseo o de un anhelo, sino de algo que es cierto en su venida. Como una mujer embarazada; ella está a la espera, está a la expectativa. Como un granjero que ha plantado un cultivo; él está a la expectativa. Él realmente no está esperando, es un asunto de proveer el ambiente correcto y el incremento vendrá. Es sólo un asunto de no destruir ni hollar lo que se ha sembrado y el cultivo germinará.

Fe, si ella es la que nos es dada por Dios, producirá en nuestra alma una expectativa dada por Dios. La fe da lugar a la expectativa y la expectativa da lugar al amor; el amor es la sustancia, la experiencia, el encuentro, la realidad. Dios es amor, y la expectativa conducirá a una experiencia de Dios. Pero la fe viene primero. La fe obra en nosotros de

acuerdo a la perspectiva de Dios, y conforme lo va haciendo empieza a cambiarlo todo. Es probable que la expectativa sea lo más impactado. Empezamos a esperar la aparición de lo que Dios ha plantado. En otras palabras, empezamos a anticipar una experiencia interna de Jesucristo. Estamos a la espera de Su aparición; buscamos verlo y lo esperamos con certeza; lo miramos como el autor y consumidor de la fe. Y, lentamente, la expectativa de Dios, del que comenzó la buena obra en nosotros, se va convirtiendo en nuestra expectativa.

Antes de decir más acerca de esto, me gustaría señalar algo acerca de la expectativa falsa y de la expectativa verdadera. Este versículo dice que nosotros llegamos a “...una misma esperanza de vuestra vocación”; una mejor traducción diría: “...una misma expectativa de nuestro llamado”. Esto es cierto, sólo si la expectativa que está siendo obrada en nosotros es del Espíritu. Desafortunadamente, la mayoría de los cristianos tiene su esperanza, sus expectativas colocadas en cosas completamente imaginarias. Nuestras expectativas son invenciones de nuestra mente carnal, ni remotamente relacionadas con lo que Dios nos ha dado en Cristo. En mi opinión, la iglesia, en su mayoría, predica la expectativa equivocada. Ya sabe, muchas personas viven décadas como cristianos con expectativas en Dios que nunca son realizadas. Y no es porque Dios no haya provisto, mostrado, enseñado, dado y prodigado a los creyentes todo lo que prometió, sino porque nosotros estamos esperando las cosas equivocadas. Hemos creado nuestra propia herencia, hemos imaginado hacia dónde se supone que todo debe ser dirigido. Déjeme decirlo claramente: La decepción en Dios nace de las expectativas imaginarias.

No estoy diciendo que estemos expectando demasiado, todo lo contrario, estamos expectando muy poco, algo demasiado insignificante, y no sólo eso, algo en el ámbito equivocado y para beneficio del hombre equivocado. Tenemos expectativas imaginarias, y secretamente, demandamos que Dios nos las satisfaga. A sabiendas o no, soñamos con nuestra versión de lo que es la experiencia y el resultado de la salvación. Luego, para sacar a Dios del apuro por no cumplir con lo que pensábamos que debía cumplir, creamos toda clase de teologías y explicaciones. La iglesia promete que Dios siempre hará esto, que nunca permitirá aquello, etc., y cuando somos decepcionados por equis acontecimiento, nos enojamos con el Dios que hemos coronado rey de nuestras circunstancias. Y así, encontramos libros y pastores que dirán si tenemos suerte: “Bueno, Dios obra de maneras misteriosas...”; pero si no tenemos suerte dirán: “Usted no tuvo suficiente fe”.

¡Qué sistema más horrible: Inventamos qué esperar de Dios, no sucede, y no queda más que culpar a Dios o a nosotros! Tanto la auto-condenación como el enojo contra Dios nacen de las falsas expectativas. Lo invito a pensar en esto. Las falsas expectativas puestas en el hombre, las falsas expectativas puestas en Dios. No sé si haya algo más patético que el cuerpo de Cristo clamando a Dios con egoísta anticipación, por algo menor e irrelevante a lo que Él nos ha dado en Su Hijo. Me pregunto cómo se verá desde

la perspectiva de Dios, que un pueblo a quien Él le ha dado a Cristo, ignore lo que ha recibido y le suplique algo inimaginablemente menor.

Recientemente, por primera vez en años, vi a un predicador en la televisión. El edificio de la iglesia, el cual debió ser un estadio de fútbol, estaba lleno de decenas de miles de personas escuchando y tomando notas casi sin respirar. Un océano de seres humanos, claramente hambrientos de oír más de lo que se estaba diciendo. ¿Qué se estaba diciendo? ¡Era terrible! No sólo estaba equivocado, era veneno; era cáncer cristiano.

Un líder famoso del cuerpo del Señor, logró de alguna manera, hacer una lejana referencia a algo en Efesios 1 y establecer el punto de que Dios, antes de la creación del mundo, tenía en Su corazón proveer una vía para que usted y yo vivamos vidas abundantes. Inmediatamente después empezó a describir dichas vidas: Relaciones agradables, libertad de la mediocridad, abundantes finanzas, auto-estima positiva, victoria sobre malos hábitos, perfecta salud divina, éxito en todo empeño, derecho a ser mejor que el promedio, y así sucesivamente...hasta que se me revolvió el estómago.

¿Por qué es tan horrible? ¿Es que no puede Dios ayudarnos en algunas de estas cosas naturales? ¿No es que Dios ha sanado cuerpos y ha ayudado en algunas circunstancias? Sabemos que sí, pero lo que tenemos aquí es una herencia hecha por el hombre, una salvación cocinada que no tiene absolutamente nada que ver con Cristo, y todo que ver con el beneficio personal en el ámbito natural. Entonces, ¿por qué citan la Biblia, e incluso mencionan el nombre de Jesús? Esta clase de expectativa nada tiene que ver con Él, salvo para que Él sea el que distribuya todos los beneficios adicionales por creer en las cosas correctas.

¡Pregúnteme cómo me siento con respecto a esto! ¡Intercambiar lo eterno y la realidad espiritual de la vida de Cristo, por un montón de fugaces caramelos para el alma en el ámbito natural! ¡Hacer a Dios el cumplidor de todas mis lujurias para grandeza personal! ¡Rebajar la salvación de Dios al cumplimiento de la lujuria y codicia adámica! ¡Demandarle al Hijo de Dios que nos conceda los caprichosos deseos de nuestra narcisista mente no renovada, y después, con aire de suficiencia, ignorar lo que Dios ha hecho al unirnos a Su unigénito Hijo!

Nosotros esperamos de Él algo patéticamente menor e irrelevante a lo que nos ha dado en Cristo. Y luego, como si fuera poco, con frecuencia nos ofendemos cuando nuestro “genio de la botella” no concede nuestras solicitudes. ¡Qué un océano de personas se siente, tolere esa clase de enseñanza y la acepte con gozo en sus caras, es testimonio de la ceguera y oscuridad de nuestra alma! Jesús correctamente dijo:

Juan 8:44-45, *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla;*

porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis”.

Bien, voy a calmarme ahora. No estoy molesto con alguna persona o con la iglesia, sólo estoy asqueado de la mente adámica. ¡Así somos de patéticos! ¡Yo soy tan absolutamente asqueroso como cualquier otro! No digo esto en condenación, sino en simple comprensión. A veces esto se presenta tan claramente a la vista, que uno se pregunta cómo pudo Dios alguna vez buscar salvarnos en Su Hijo. Pero después se va volviendo más evidente, el porqué nuestra salvación comienza con una muerte, porque comienza con un final. Primero somos bautizados en Su muerte; nada de lo viejo, nada de lo primero, nada del hombre es permitido en esta herencia celestial. Usted y yo podemos aferrarnos a nuestro entendimiento entenebrecido, pero todo lo que pertenece a la verdadera salvación de Dios es “incorruptible, incontaminado e inmarcesible”; así la describe 1 Pedro. Esta afirmación se ha convertido en un deleite para mi corazón.

¿Ve usted cuán equivocadas son nuestras expectativas? Tenemos expectativas equivocadas y expectamos cosas en el ámbito equivocado. Hemos oído que Dios ama, entonces proyectamos sobre Él el entendimiento que tenemos del amor y esperamos verlo en la tierra. Hemos oído que Dios es bueno, entonces proyectamos hacia Dios nuestro entendimiento de lo bueno, y luego tratamos de encontrarlo en la tierra. Sin embargo, es mucho más fácil, puro, claro y real esperar la experiencia de Dios, la bondad de Dios, el amor de Dios...donde esto puede ser verdaderamente conocido y experimentado: en Cristo.

Recientemente recibí un correo de una persona preguntándome, si yo todavía creía que Dios nos mostraba Su bondad en el ámbito natural. Le respondí con algunos comentarios y luego con una historia inventada. Primero le dije que sí, que yo creía que la bondad de Dios podía ser vista en este ámbito, así como en Cristo. Luego dije, que honestamente era muy difícil entenderla o conocerla en otro lugar que no fuera Cristo.

Supongamos que usted tiene una necesidad desesperada de conseguir trabajo. Ha estado orando por esto, y de pronto, un día, cuando va manejando su carro, de la nada, una hoja de papel llevada por el viento cae en el parabrisas. Es una solicitud de trabajo para lo que parece ser el trabajo perfecto. “¡Guau, el Señor es muy bueno!” Llena la solicitud, la envía y obtiene el trabajo. “¡Esto debe ser la bondad de Dios! ¡Una manifestación de Su amor!” Luego, después de una semana, usted se da cuenta de que odia el trabajo; es aburrido, el jefe tiene mal aliento y el horario es horrible. “¡Tal vez no era de Dios! ¡Tal vez es un ataque del enemigo!”

Una noche después del trabajo, usted encuentra un mensaje en la contestadora con una oferta de trabajo. “¡Guau, gracias Señor...eres tan bueno! ¡Es increíble! ¡En Su amor, el Señor me liberó de este trabajo tan feo!” Pero de camino al primer día de trabajo, el carro se queda sin gasolina al lado de la carretera. “Señor, ¿qué estás tratando de enseñarme?”

Debes tener algo mejor reservado para mí. Sé que siempre estás obrando para mi bien”. Entonces regresa al carro y empieza a orar para que el Señor, en su bondad, mande un amable conductor con gasolina. En eso alguien se detiene...es un policía. “Con seguridad él puede ayudarme. ¡Gracias, Señor, eres tan bueno!” Pero el policía no tiene gasolina, y no sólo eso, nota que su permiso ha expirado y le hace una multa... Así podríamos seguir, tratando de encontrar y de definir la bondad de Dios en las cosas, circunstancias y experiencias en el ámbito natural.

Nosotros tenemos expectativas de conocer a Dios, conocer Su bondad, conocer Su amor a través de los constantes cambios de las cosas de la tierra. Tratamos de definir la bondad por medio de experiencias, en lugar de ver la bondad definida en Cristo. Y, por supuesto, llamaremos a todo aquello que nos gusta “la bondad de Dios”, y a todo lo que no nos gusta “ataques del enemigo”. Esas cosas cambian constantemente, por eso nuestro entendimiento de Su bondad siempre está moviéndonos y confundiéndonos conforme pasamos por la circunstancias.

En Cristo no es así. En Cristo aprendemos una bondad, que en primer lugar, avergüenza todas las otras bondades, y en segundo lugar, nunca cambia. Es constante, perfecta y concreta. Podemos descansar en ella sin importar las circunstancias. Podemos crecer a pesar de las situaciones. Podemos contar con ella eternamente. No tenemos que adivinar lo que Dios está haciendo, diciendo o tratando de decir. Está ahí como una realidad permanente. Estará ahí cuando la tierra nos hiera y cuando no lo haga. Estará ahí mucho después de que nuestros cuerpos hayan vuelta a ser polvo.

¿Qué está expectando usted? ¿Tienen algo que ver Sus expectativas de Dios con lo que Él ha prometido? ¿Le ha dicho alguien qué esperar...o el Espíritu de Dios le ha revelado la expectativa del Padre? ¿Le ha definido el Espíritu qué es la salvación y hacia dónde conduce? ¡Tal vez estemos esperando lo que está equivocado! ¡Tal vez estemos expectando algo que es totalmente irrelevante e increíblemente menor a lo que Dios está tratando de mostrarnos! ¿No se sentiría usted tonto al saber que ha pasado toda su vida expectando algo de Dios que es insignificante y que no tiene relación alguna con lo que Él ha provisto en Su Hijo? ¿No sería un despertar triste darse cuenta de que usted ha imaginado una herencia?

Nosotros entramos en la iglesia con la idea de que “ahora mi vida va a ser...”, y usted o su líder llenan el espacio en blanco; pero aún antes de llenar el espacio ya hemos pensado de manera que contradice la salvación, que contradice la cruz. La realidad a la que hemos entrado no es acerca de “ahora mi vida puede ser...”, porque acabamos de decir sí a “mi vida está perdida”, acabamos de firmar en el nuevo nacimiento, “he sido crucificado con Cristo”, “he sido bautizado en Su muerte, sepultado con Él...contado como muerto”. Nuestra salvación no es el mejoramiento de nuestra vida, sino el descubrimiento de la de Él. Por lo tanto, ¿quiénes somos nosotros para poner los parámetros y definir la realidad de esta salvación? ¿Qué creemos que somos cuando

pensamos que podemos arrastrar las lujurias de la carne a esta relación y hacerlas relevantes? ¿Cómo podemos poner nuestra expectativa en Él, cuando Él es la vida de este cuerpo y el que debe obrar Sus expectativas en nosotros?

Dios tiene una expectativa. Pablo dice en el capítulo 4 de Efesios que hemos llegado a una expectativa. ¿Cuál es esa expectativa? ¿Hemos cesado de hacer nuestra lista personal de expectativas el tiempo suficiente, como para siquiera considerar que Dios tiene Su propia expectativa?

En Efesios 1:18 leemos una oración de Pablo donde le pide al Señor que “alumbre los ojos del corazón para conocer cuál es la EXPECTATIVA del llamado de Dios y cuáles las riquezas de la gloria de Su herencia en los santos”. Dios tiene una expectativa, a ella hemos sido llamados; es la expectativa de Dios el Padre. Ella tiene que ver con la obtención de Dios de una herencia en los santos. ¿Qué es esa expectativa? Una cosecha. No la cosecha de muchos, sino la cosecha de Uno; el incremento de Uno en los muchos. La gloria y exaltación del Unigénito Hijo en y a través de Su cuerpo. Si esto no lo emociona tanto como la primera vez que nos enamoramos, es sólo porque no tenemos ni la más absoluta idea de lo que estamos hablando. Si creemos que adoptar la expectativa de Dios es bajar un escalón de la nuestra, entonces, mejor levantemos nuestros rostros y pidámosle a Dios que nos muestre las verdaderas riquezas de ganar a Cristo y la total insignificancia de todo lo demás.

Si nosotros como Su cuerpo no podemos abrigar cierto interés en ser llenos de la plenitud de Dios, y preferimos oír a un charlatán proclamar una utopía carnal, donde los sueños se hacen realidad, Dios es el autor de nuestra exitosa historia y de todos los beneficios adicionales de ser hijos del Rey...bien, entonces, que Dios nos ayude. ¡En serio, que Dios nos ayude!

Por su naturaleza, nuestras expectativas no sólo serán para las cosas equivocadas, sino también hacia el ámbito equivocado. Ellas serán las cosas que nosotros pensábamos que eran ganancia antes de encontrar a Cristo, y si no somos cuidadosos, Cristo se convertirá en el nuevo medio para el mismo fin; la misma meta, pero diferente ruta. Pero si le permitimos al Espíritu que está en nosotros que nos enseñe en la forma que Él debe hacerlo, entonces descubriremos la expectativa de Dios; y esa expectativa nunca nos decepcionará. Tener la expectativa de Dios llenando nuestras almas es encontrar algo seguro; una apuesta segura. Es sólo un asunto de proveer el entorno adecuado, y el incremento vendrá. Es sólo un asunto de no destruir u hollar lo que ha sido plantado y el cultivo germinará. “El que comenzó la buena obra en nosotros la cumplirá”.

No sé si Dios le habrá dado a usted el trabajo que tiene, ni tengo idea si Dios mandó al hombre con la gasolina, pero sé, positivamente, que Dios le dio a Cristo. Si fija su corazón en conocer este don encontrará el amor y la bondad de Dios. Si le permite a Su

Espíritu que le enseñe su salvación, entonces su expectativa y la expectativa de Dios serán una, la misma.

Quiero terminar con unos versículos en 1 Pedro y unos pocos comentarios. De todos los versículos en la Biblia que tienen que ver con la expectativa, estos son mis favoritos. Desafortunadamente, algo de su grandeza es oscurecida por causa de la mala traducción. Si usted tiene la versión literal de Jay P. Green de estos versículos mejor, de lo contrario, déjeme darle mi propia traducción, que es virtualmente idéntica a la versión literal.

Está en 1 Pedro 1, comenzando en medio del versículo 3 hasta el 5. El mayor error de traducción, si usted está interesado, es una casi total ignorancia del tiempo perfecto del participio pasivo en el versículo 4, y en algunas traducciones de menor importancia, algunas preposiciones. Debería leerse algo así: "...Él nos ha engendrado en una expectativa viva a través de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, en una herencia incorruptible, inmaculada y que no se marchitará, habiendo sido reservada en el cielo para nosotros, los que estamos siendo guardados en el poder de Dios por medio de la fe para una salvación lista para ser revelada en los últimos tiempos".

Hay mucho que me gustaría decir acerca de estos versículos, pero sólo déjeme resumir lo que entiendo que está diciendo Pedro. Usted y yo hemos nacido de nuevo de Dios, en una expectativa viva a través de la resurrección de Cristo. En otras palabras, debido a que hemos venido a ser partícipes del que es la resurrección, que somos de Su resurrección, y que el poder de Su resurrección obra en nosotros, como dice Pablo, es que nosotros tenemos una expectativa viva. Hemos entrado en una herencia que es puramente celestial. Ella, sin duda, fluye sobre la tierra en variedad de maneras, pero es algo enteramente incorruptible, incontaminado e inmarcesible, HABIENDO SIDO guardada en los cielos para nosotros. El mayor error de traducción es ignorar el tiempo perfecto de "habiendo sido guardada".

Nosotros somos guardados en esto, el poder de Dios a través de la fe. La fe da acceso a la gracia en la cual estamos firmes. Hemos llegado a una salvación que es espiritual, eterna, perfecta, inmaterial, incorruptible...y porque estamos en el Nuevo Pacto, el día del Espíritu y no de la letra, esta salvación es nuestra y está lista para ser revelada.

La razón por la que amo estos versículos tanto, es porque definen la persona, el lugar de nuestra expectativa y la necesidad de que sea revelada. Cristo en resurrección es la Persona; el cielo y no la tierra; el ámbito es el espíritu y no la carne; la revelación de Cristo a través de la fe es el acceso. Esta es la expectativa que el Espíritu obrará en nosotros si lo permitimos. Esta es la "expectativa de nuestro llamado". Si nuestra expectativa viene en esta línea, nunca conoceremos la decepción, nunca seremos frustrados, no puede ser detenida.